

sublimes han sido olvidados, no pocos hechos discutibles aceptados como ciertos, muchos preceptos mal interpretados, desnaturalizando de este modo la enseñanza primitiva. Por las necesidades de una causa mundana, las más hermosas, las más fuertes ramas de aquel árbol de vida han sido cercenadas. Se han ahogado antes de su desarrollo los principios fortificantes que hubieran conducido á los pueblos á la verdadera creencia, la que buscan todavía hoy.

El pensamiento del Cristo subsiste en la enseñanza de la Iglesia y en los textos sagrados, pero mezclado con elementos diversos, introducidos por los papas y los concilios, cuyo fin, por miras interesadas, era asegurar, fortificar y hacer inquebrantable la autoridad de la Iglesia. Este fué el fin perseguido en todos tiempos, el pensamiento que ha inspirado todas las alteraciones introducidas en los documentos primitivos. No obstante esto, lo que resta en la Iglesia de espíritu evangélico, verdaderamente cristiano, ha bastado para inspirar obras admirables, obras de caridad que forman la gloria de las Iglesias cristianas y que protestan de encontrarse asociadas á tantas empresas ambiciosas, inspiradas por el amor á la dominación y á los bienes materiales.

Gran labor sería necesaria para entresacar el verdadero pensamiento de Cristo de los voluminosos Evangelios; trabajo posible, aunque arduo, para los inspirados á quienes guía una intuición segura, pero labor imposible para quienes solamente por sus propias facultades son guiados en este laberinto, en que las ficciones se mezclan á las realidades, lo profano á lo sagrado, la verdad al error.

En todos tiempos, ciertos hombres, impulsados por fuerza superior, se han consagrado á esta tarea, procurando despojar al pensamiento supremo de las sombras acumuladas al derredor de él.

Sostenidos, iluminados por esa chispa divina, que brilla de un modo intermitente para los hombres, pero cuyo foco jamás

se extingue, han afrontado todas las persecuciones, todos los suplicios, por afirmar lo que ellos creyeron que era la verdad. Tales fueron los apóstoles de la Reforma. Han muerto de pena, pero desde el seno del espacio sostienen aún é inspiran á aquellos que luchan por esta grande causa. Gracias á sus esfuerzos, la noche de las almas comienza á disiparse; se anuncia ya la aurora de una revelación más poderosa.

Con ayuda de las luces encendidas por esta nueva revelación, á la vez científica y filosófica, difundida ya en todo el mundo con el nombre de Espiritismo ó espiritualismo moderno, procuraremos develar la doctrina de Jesús de las obscuridades en que la ha envuelto el trabajo de los siglos. De esta manera llegaremos á concluir que esta doctrina y la de los Espiritus son idénticas, que el espiritismo es simplemente la vuelta al cristianismo primitivo, con más precisas formas, con tal séquito de pruebas experimentales, que hará imposible todo monopolio ulterior, toda reaparición de las causas que han desnaturalizado el pensamiento del Cristo.

### III

#### SENTIDO OCULTO DE LOS EVANGELIOS.

Cierta escuela atribuye al cristianismo en general, y á los Evangelios en particular, un sentido alegórico y oculto. Algunos pensadores y filósofos han llegado hasta negar la existencia de Jesús; veían en él, en sus palabras, en los hechos de su vida, una idea filosófica, una abstracción á la que se dió cuerpo para satisfacer la tradición que anunciaba un salvador, un Mesías al pueblo judío.

Según ellos, la historia de Jesús sería sólo un drama poético, representando el nacimiento, la muerte, la resurrección de la idea libertadora en el seno del esclavizado pueblo hebreo, ó

bien una serie de figuras imaginadas para hacer perceptible á las masas el lado práctico y social del cristianismo, la unión de los tipos divino y humano en un modelo de perfecciones ofrecido á la admiración de los hombres.

Si se aceptara esta tesis, los Evangelios deberían ser considerados como invenciones fabulosas. El poderoso movimiento del cristianismo hubiera tenido por punto de partida una impostura. Hay en esto exageración evidente. Si la vida de Jesús no es más que una ficción, ¿cómo ha podido ser ésta aceptada por sus contemporáneos al principio, y por larga serie de generaciones después?

¿Cuáles serían, pues, los verdaderos fundadores del cristianismo? ¡Los apóstoles! Eran ellos incapaces de tales concepciones. Con excepción de Pablo, que encontró la doctrina ya formada, la insuficiencia de los demás es notoria. La eminente personalidad de Jesús se destaca vigorosamente en el fondo de mediocridad de sus discípulos. La menor comparación hace resaltar la imposibilidad de tal hipótesis.

Se ha podido distinguir en los Evangelios las adiciones de los cristianos judíos, que demuestran claramente su origen y forman contraste admirable con las palabras y la doctrina de Jesús.<sup>1</sup> Resulta de esto un hecho evidente, y es que estos autores, guiados por miras estrechas y supersticiosas, eran incapaces de inventar una personalidad, una doctrina, una vida, una muerte como las del Cristo.

En aquel mundo judío, sombrío y exclusivo, donde reinaban el egoísmo y el odio, la doctrina de fraternidad y de amor no podía emanar sino de una inteligencia extraordinaria.

Si las Escrituras no fuesen más que conjunto de falsas alegorías, una obra de imaginación, la doctrina de Jesús no hubiera podido conservarse á través de los siglos, en medio de las diversas conmociones que han agitado la sociedad cristiana. Construcción sin base, se hubiera desmoronado, dispersado con

<sup>1</sup> Véanse las notas complementarias, núms. 2 y 3.

el soplo de los tiempos. Sin embargo, está en pie y domina los siglos, á pesar de las alteraciones sufridas, á pesar de cuanto han hecho los hombres para desfigurarla, para ahogarla bajo las sombras de una interpretación errónea.

La creencia en un mito no hubiera bastado para inspirar á los primeros cristianos el espíritu de sacrificio, el heroísmo en presencia de la muerte; no les hubiera proporcionado los medios de fundar una religión cuya existencia cuenta ya veinte siglos. Sólo la verdad puede desafiar la acción del tiempo y conservar su fuerza, su moral, su grandeza, á pesar de los esfuerzos de zapa que pretenden arruinarla. Jesús es la piedra angular del cristianismo, el alma de la nueva revelación. Todo en su obra es original.

Por otra parte, los testimonios históricos de la existencia de Jesús, aunque en pequeño número, no faltan por completo.

Suetonio, en la historia de los primeros Césares, habla del suplicio de *Christus*. Tácito y él mencionan la existencia de la secta cristiana en tiempo de los judíos, antes de la toma de Jerusalem por Tito.

El Talmud habla de la muerte de Jesús en la cruz, y todos los rabinos israelitas reconocen el alto valor de este testimonio.<sup>1</sup>

En último caso, el Evangelio bastaría por sí solo para darnos la prueba moral de la existencia y de la alta misión del Cristo. Si numerosos hechos apócrifos han sido introducidos en él arbitrariamente y fuera de tiempo; si las supersticiones judías se encuentran allí bajo la forma de relatos fantásticos y de añejas teorías, subsisten sin embargo dos cosas que no han podido ser inventadas, y que llevan en sí mismas un imponente carácter de autenticidad: el drama sublime del Calvario y la dulce y profunda doctrina de Jesús.

Esta doctrina era sencilla y clara en sus principios esenciales; se dirigía á la multitud, principalmente á los humildes y á los desheredados. Todo en ella era á propósito para conmover

<sup>1</sup> Véanse *Los Deicidas*, por Cahen, miembro del consistorio israelita.

los corazones, para llevar el entusiasmo á las almas, iluminando y fortificando las conciencias. Encierra, sin embargo, los vestigios de una enzeñanza secreta. Jesús habla á menudo por parábolas. Su pensamiento, tan luminoso de ordinario, se vela á veces en una semi-oscuridad. No se perciben entonces más que los vagos contornos de una grande idea disimulada con el simbolo.

Esto es lo que explica él mismo con estas palabras, cuando citando á Isaias agrega (Cap. VII, 9):

«Les hablo por parábolas, porque á vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos, mas á ellos no les ha sido dado». (Mat. XIII, 10 y 11).

Es evidente que habia dos doctrinas en el cristianismo primitivo; una destinada al vulgo y presentada con formas accesibles á todos, y otra oculta, reservada para los discipulos y los iniciados.

Esto mismo sucedía en todas las filosofías y religiones de la antigüedad.<sup>1</sup>

La prueba de que existía tal enzeñanza secreta se encuentra en las palabras ya citadas y en las que siguen: Después de escuchar la parábola del sembrador, relatada en los tres evangelios sinópticos, los discipulos preguntan á Jesús el sentido de tal parábola, y él les responde:

«A vosotros os es dado conocer el misterio del reino de Dios, mas para los que no lo conocen, todo se expresa con parábolas.

«De tal suerte que viendo, ven y nada perciben, y al oír, oyen y no comprenden.» (Marc. IV, 11 y 12; Luc. VIII, 10).

San Pablo lo confirma en su primera Epístola á los corintios, capítulo III, cuando distingue el lenguaje que ha de usarse con los hombres *carnales* ó con los hombres *espirituales*; es decir, con los profanos ó con los iniciados.

La iniciación era gradual, sin duda. Los que la recibían eran *ungidos*, y después de recibir la unción, entraban en la co-

<sup>1</sup> Véase mi obra *Después de la muerte*, pag. 9 á 87.

*munió de los santos*. Esto explica aquellas palabras de Juan:

«Habéis recibido la unción de parte del santo, y conocéis todas las cosas. Os he escrito, pues, no como á gentes que no conocen la verdad, sino como á personas que la conocen.» (Primera Epístola de San Juan, cap. II, 20, 21, 27).<sup>1</sup>

El fundador del cristianismo no separaba la idea religiosa de su aplicación social. El "reino de los cielos" era para él aquella sociedad perfecta de los espíritus cuya imagen queria realizar en la tierra. Pero debía chocar con los intereses establecidos y suscitar al derredor de sí mil obstáculos, mil peligros. De ahí una buena razón para ocultar bajo el mito, el milagro, la parábola, aquello que, en su doctrina, iba á perturbar las ideas reinantes y á amenazar las instituciones políticas ó religiosas.

Las obscuridades del Evangelio son, pues, calculadas, intencionales. Las verdades superiores se ocultan en él bajo velos simbólicos. Se enseña al hombre lo que le es necesario para conducirse moralmente en la práctica de la vida; pero el sentido profundo, el sentido filosófico de la doctrina, está reservado á pequeño número de personas.

Hé aquí lo que era la «comunió de los santos», la comunió de los pensamientos elevados, de las altas y puras aspiraciones. Esta comunió duró poco. Las pasiones terrestres, las ambiciones, los egoísmos, la destruyeron bien pronto. La política se introdujo en el sacerdocio. Los obispos, de humildes adeptos, de modestos "vigilantes" que eran, se convirtieron en poderosos y autoritarios. Se constituyó la teocracia, tuvo interés en poner la luz bajo el celemin, y la luz se extinguió. El pensamiento profundo desapareció: quedaron solamente los símbolos materiales. Tal obscuridad hacia más facil el gobierno de las multitudes. Se prefirió dejar las masas hundidas en las ignorancia, más bien que elevarlas hacia las alturas intelectuales. Los misterios cristianos no fueron ya explicados á las gentes de

<sup>1</sup> Véase también la nota complementaria núm. 4.

iglesia. Se persiguió como herejes á los pensadores y á los investigadores de buena fe, que se esforzaban en descubrir las verdades perdidas. La sombra que las ocultaba se hizo más y más espesa para el mundo, después de la disolución del imperio romano. La creencia en Satán y en el infierno sentó plaza preponderante en la fe cristiana. En vez de la religión de amor predicada por Jesús, se tuvo la religión del temor.

La invasión de los bárbaros había contribuido poderosamente á determinar este estado de cosas. Ella condujo á la sociedad al estado de infancia; consecuencia necesaria del atraso intelectual de los bárbaros invasores.

Desde el seno de las vastas estepas y de los profundos bosques, el mundo bárbaro se lanzó sobre el mundo civilizado. Todas aquellas multitudes ignorantes y groseras que el cristianismo atrajo á sí, causaron en el mundo pagano en decadencia y en el medio nuevo en que penetraban notable degradación intelectual.

El cristianismo logró domarlas, someterlas, pero á costa de su propio detrimento. Se veló el ideal divino; el culto se hizo material. Para herir la imaginación de las muchedumbres, se volvió á las prácticas idólatras, dignas de las primeras edades de la humanidad. A fin de dominar aquellas almas y de conducir las por medio del temor ó de la esperanza, se combinaron dogmas extraños. Ya no se pretendió realizar en este mundo aquel reino de Dios y de su justicia que había sido el ideal de los primeros cristianos. Después el anuncio del fin del mundo y del último juicio, tomados al pie de la letra; las preocupaciones de provecho individual explotadas por los sacerdotes, y otras mil causas, desviaron al cristianismo de su verdadera vía, y ahogaron el pensamiento de Jesús bajo la ola de las supersticiones.

Mas al lado de estos males, necesario es recordar los servicios prestados por la Iglesia á la causa de la humanidad. Sin su jerarquía y su potente organización, sin el papado que opuso

el poder de la idea, aunque obscurecida y desnaturalizada, al poder de la espada, se puede preguntar qué habrían llegado á ser la vida moral, la conciencia de la humanidad. En medio de aquellos siglos de violencia y de tinieblas, la fe cristiana animó á los pueblos bárbaros con un nuevo ardor, que los impulsó á obras generosas, como las Cruzadas, la fundación de la caballería, la creación de las artes en la edad media. El pensamiento encontró refugio en el silencio y la obscuridad de los claustros. Merced á las instituciones cristianas, no se extinguió la vida moral, á pesar de las brutales costumbres de la época. Estos son los servicios que hay que agradecer á la Iglesia, no obstante los medios de que se ha servido para asegurarse el imperio de las almas.

En resumen, la doctrina del gran crucificado, en sus formas populares, quería la conquista de la vida eterna á costa del sacrificio del presente. Religión del bien, de la elevación del alma dominando á la materia, el cristianismo constituía una reacción necesaria contra el politeísmo griego y romano, lleno de vida, de poesía, de luz, pero que no era más que un foco de sensualismo y de corrupción. El cristianismo era una etapa indispensable en la marcha de la humanidad, cuyo destino es elevarse sin cesar, de creencia en creencia, de concepción en concepción, hacia síntesis siempre más amplias y más fecundas.

El cristianismo, con sus doce siglos de dolores y de tinieblas, no ha sido era de felicidad para la raza humana; mas el objeto de la vida terrestre no es la felicidad; es la elevación por el trabajo, por el estudio y el sufrimiento; en una palabra, es la educación del alma, y la vía dolorosa conduce más seguramente á la perfección que la de los placeres.

El cristianismo representa, pues, una fase de la historia de la humanidad, que ha sido provechosa para ella; ésta no habría sido capaz de realizar las obras sociales que aseguraran su porvenir, si no hubiera estado impregnada del pensamiento y de la moral evangélicas.

Sin embargo, la Iglesia se ha hecho culpable trabajando en prolongar indefinidamente el estado de ignorancia de la sociedad. Después de haber alimentado y protegido al infante, ha querido mantenerle en estado de sumisión y de esclavitud intelectual. No ha salvado la conciencia, sino para oprimirla mejor.

La Iglesia romana no ha sabido conservar la llama de que era depositaria, y por castigo de lo alto, ó más bien por justo retorno de las cosas, la noche que quería para los otros se ha extendido en ella misma. No ha cesado de poner obstáculos al desenvolvimiento de las ciencias y de la filosofía, hasta proscribir, desde lo alto de la cátedra de San Pedro, el progreso — esta ley eterna, — el liberalismo y la civilización moderna. (Artículo 80 del Sillabus).

Así pues, fuera de ella, y aún contra ella, á partir de cierta hora de la historia, se ha realizado todo el movimiento, toda la evolución del humano espíritu. Fueron necesarios siglos de esfuerzos para disipar la obscuridad que pesaba sobre el mundo al salir de la edad media. Fué necesario el Renacimiento de las letras, la Reforma religiosa del siglo XVI, la filosofía, todas las conquistas de la ciencia que preparaban el terreno á la nueva revelación, á estas voces de ultratumba que, por millares en todos los puntos de la tierra, vienen á llamar á los hombres hacia las enseñanzas puras del Cristo, á restablecer su doctrina, á hacer comprensibles para todos, las verdades superiores sepultadas en la sombra de los tiempos.

## IV

## LA DOCTRINA SECRETA.

¿Cuál es la verdadera doctrina del Cristo?

Sus principios esenciales están enunciados claramente en el Evangelio. Es la paternidad universal de Dios y la fraternidad de los hombres, con las consecuencias morales que de ellas se originan; es la vida inmortal abierta á todos, y permitiendo á cada uno realizar en sí el "reino de Dios," es decir, la perfección; por el desprecio de los bienes materiales, el perdón de las injurias, y el amor al prójimo.

Amar: en esta sola palabra compendiaaba Jesús toda la religión, toda la filosofía.

"Amad á vuestros enemigos; haced bien á los que os persiguen y calumnian, á fin de que seáis los hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre los buenos y sobre los malos, y hace llover sobre los justos y los injustos. Pues si no amáis más que á aquellos que os aman, ¿de qué galardón seréis merecedores?" (Mateo, V, 44 y siguientes.)

Dios mismo nos da el ejemplo de este amor, pues tiene siempre abiertos sus brazos para el pecador.

"Así, vuestro Padre que está en los cielos no quiere que perezca uno solo de estos pequeñitos."

El sermón de la montaña resume en rasgos indelebles la enseñanza popular de Jesús. La ley moral está expresada allí de un modo que nadie ha igualado. Los hombres aprenden allí que los medios más seguros de elevación son las virtudes humildes y ocultas.

"Bienaventurados los pobres de espíritu (*es decir, los espirituales sencillos y rectos*), porque de ellos es el reino de los cie-

"los.—Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.—Bienaventurados los que han hambre de justicia, porque ellos serán hartos.—Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia.—Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán á Dios." [Mateo, V, 1 á 12; Lucas, VI, 20 á 25.]

Lo que quiere Jesús no es un culto fastuoso; no es una religión sacerdotal, rica en ceremonias y en prácticas que ahoguen el pensamiento; no, es un culto sencillo y puro, todo de sentimiento, que consista en la relación directa, sin intermediario, de la conciencia humana con Dios, su Padre.

"Llega el tiempo en que los verdaderos creyentes adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que busca el Padre. Dios es espíritu, y es necesario que los que le adoren, le adoren en espíritu y en verdad."

El ascetismo es cosa vana. Jesús se limita á orar y á meditar en los lugares solitarios, en esos templos naturales que tienen por columnas las montañas, por techo la cúpula de los cielos, y en donde el pensamiento se eleva más libremente hacia el Creador.

A los que creían salvarse por la abstinencia y el ayuno, les dice:

"No es lo que entra por la boca lo que me mancha el alma, sino lo que sale de ella."

A los que oran largamente:

"Vuestro Padre sabe de qué tenéis necesidad antes que se lo pidáis "

No impone sino la caridad, la sencillez y la bondad.

"No juzguéis, y no seréis juzgados. Perdonad y se os perdonará. Sed misericordiosos, como vuestro Padre celestial es misericordioso. Dar es más grato que recibir."

"El que se humille será ensalzado; el que se ensalce será humillado."

"Que tu mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, á fin

"de que tu limosna quede en secreto, y tu Padre, que ve en secreto, te lo premiará."

Y todo se resume en estas palabras de elocuente concisión:

"Amad á vuestro prójimo como á vosotros mismos, y sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto. Esta es toda la ley y los profetas."

Con la dulce y suave palabra de Jesús, toda impregnada del sentimiento de la naturaleza, esta doctrina reviste un encanto penetrante, irresistible. Está llena de tierna solicitud para los débiles y los desheredados. Es la glorificación, es la exaltación de la pobreza, de la sencillez. Los bienes materiales nos vuelven esclavos; encadenan al hombre á la tierra. La riqueza es una traba, paraliza los vuelos del alma y la retiene lejos del "reino de Dios." La abnegación, la humildad rompen sus lazos y facilitan nuestra ascensión hacia la luz.

Hé aquí por qué la doctrina evangélica ha sido, á través de los siglos, la más alta expresión del Espiritismo, el supremo remedio para los males terrestres, el consuelo de las almas afligidas en la travesía de la vida, sembrada de tantas angustias y de lágrimas. Es ella la que constituye, á despecho de los extraños elementos que le han sido mezclados, toda la grandeza, todo el poder moral del cristianismo.

\* \* \*

La doctrina secreta iba más lejos. Ocultaba miras profundas bajo el velo de las parábolas y las ficciones. Precisaba el modo de ser de la inmortalidad prometida, afirmando la sucesión de las vidas terrestres, en las cuales el alma, al reencarnar en cuerpos nuevos, sufría las consecuencias de sus existencias anteriores y preparaba las condiciones de su futuro destino. Enseñaba la pluralidad de los mundos habitados, las alternativas de vida de cada sér, en el mundo terrestre en que reapar-

recia al nacer, y en el mundo espiritual, á donde regresaba con la muerte, recogiendo de ambos medios los frutos buenos ó malos de su pasado. Enseñaba la unión estrecha y la solidaridad de esos dos mundos, y por consiguiente, la posible comunicación del hombre con los espíritus de los muertos que pueblan el espacio.

De ahí el amor activo, no solamente para los que sufren en el círculo de la existencia terrestre, sino también para las almas que vagan en nuestro derredor, perseguidas por dolorosos recuerdos. De ahí, la liga entre las dos humanidades, visible é invisible, la ley de fraternidad en la vida y en la muerte, y la celebración de lo que se llamaba "los misterios," la comunión por el pensamiento y el corazón con ellos, ya sean espíritus buenos ó medianos, inferiores ó elevados, que constituyen aquel mundo invisible que nos rodea, y para el cual se abren dos salidas por donde pasan alternativamente todos los seres: la cuna y la tumba.

La ley de reencarnación está indicada en varios pasajes del Evangelio. Debe considerarse en dos aspectos diferentes: el retorno á la carne, de los espíritus en vía de perfeccionamiento; la reencarnación de los espíritus enviados á la tierra con el carácter de misioneros.

En su conversación con Nicodemus, Jesús se expresa así:

"En verdad os digo, si alguno no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios." *Nicodemus le objeta:* "¿Cómo un hombre puede nacer de nuevo siendo viejo?" *Jesús responde:* "En verdad os digo, que si un hombre no renace del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que ha nacido de la carne, carne es: lo que ha nacido del espíritu, espíritu es. No te sorprenda lo que te he dicho; preciso es que nazcáis de nuevo. El viento sopla donde quiere, y tú oyes el ruido, pero tú no sabes de dónde viene ni á dónde va. Lo mismo sucede con todo hombre que nace del espíritu." (Juan, III, 3 á 8.)

Jesús agrega estas palabras significativas:

"Vos sois maestro en Israel é ignoráis estas cosas?"

Lo que demuestra que no se trataba del bautismo, que era conocido de los judíos y de Nicodemus, sino de la reencarnación ya enseñada por el *Zohar*, libro sagrado de los hebreos.<sup>1</sup>

*Ese viento ó ese espíritu que sopla donde quiere*, es el alma que elige un nuevo cuerpo, una nueva morada, sin que los hombres sepan *de dónde viene ni á dónde va*. Es la única explicación satisfactoria.

En la Kábbala hebráica, *el agua* era la materia primaria, el elemento fructificante. En cuanto á la expresión *Espíritu Santo* que se encuentra en el texto y que le hace incomprendible, es necesario notar que la palabra *Santo* no se halla en los primeros escritos y que ha sido introducida después, como en otros muchos pasajes.<sup>2</sup> Es, pues, necesario leer: *renacer de la materia y del espíritu*.

En otra ocasión, á propósito de un ciego de nacimiento, encontrado en el camino, los discípulos preguntan á Jesús:

"Maestro, ¿quién es el que ha pecado? ¿Es este hombre, ó su padre, ó su madre, por lo que él ha nacido ciego?" (Juan, IX, 1, 2.)

Desde luego, la pregunta indica que los discípulos atribuían á expiación la enfermedad del ciego. En su concepto, la falta precede al castigo y aquélla es la causa primera. Es la ley de la consecuencia de los actos fijando las condiciones del destino. Aquí se trata de un ciego de nacimiento; su falta no puede explicarse sino por una existencia anterior.

De ahí la idea de la penitencia, que se nota en muchos pasajes de las Escrituras. "*Haced penitencia*," dicen sin cesar, es decir, cumplid la reparación, que es el objeto de vuestra nueva vida; rectificad vuestro pasado, espiritualizáos, pues no saldréis del dominio terrestre, de la época de prueba, sino después de haber pagado hasta el último óbolo. (Mateo, V, 26.)

<sup>1</sup> Véase la nota complementaria número 5.

<sup>2</sup> Véase Bellemare, *Espírita y Cristiano*, ps. 351 y siguientes.

En vano los teólogos han procurado explicar de otra manera que por la reencarnación este pasaje del Evangelio; y al hacerlo, sus razonamientos han pecado, al menos, de extraños. El Sinodo de Amsterdam no ha podido salir de la dificultad sino con esta declaración: "El ciego de nacimiento había pecado en el seno de su madre."<sup>1</sup>

Era también opinión acreditada en aquella época que los Espíritus eminentes venían, en nuevas encarnaciones, á continuar y concluir misiones interrumpidas por la muerte. Por ejemplo, Elías había vuelto á la tierra en la persona de Juan Bautista. Jesús lo afirma en estos términos, al dirigirse á la multitud:

"¿Qué habéis ido á ver? ¡Un profeta! Sí, yo os lo aseguro, y más que un profeta. . . .—Y si queréis comprenderlo, es el mismo Elías el que debía venir.— El que tenga oídos para oír, que oiga." (Mateo, XI, 9, 14, 15.)

Más tarde, después de la decapitación de Juan Bautista, vuelve á decir á sus discípulos:

"Y sus discípulos le interrogaron diciendo: ¿Por qué, pues, los escribas pretenden que es necesario que Elías venga primeramente?—Y él, respondiendo, les dijo:—Elías, en efecto, debía venir y restablecer todas las cosas. Mas yo os lo digo: Elías ya ha venido, no le han conocido y han hecho con él lo que han querido.—Entonces sus discípulos comprendieron que era de Juan Bautista de quien hablaba." (Mateo, XVII, 10, 11, 12, 15.)

Así, para Jesús, como para sus discípulos, Elías y Juan Bautista eran una sola y misma individualidad; y si esa individualidad había revestido sucesivamente dos cuerpos, tal hecho no se explica sino por la ley de reencarnación.

En cierta circunstancia memorable, Jesús pregunta á sus discípulos: "¿Qué se dice del hijo del hombre?" Y ellos le responden:

<sup>1</sup> Véase la nota complementaria número 5.

"Unos dicen que es Juan Bautista, otros que Elías, otros, Jeremías ó alguno de los profetas." (Mateo, XVI, 13, 14; Marcos, VIII, 28.)

Jesús no protesta contra esta opinión como doctrina, como no había protestado en el caso del ciego de nacimiento. La pregunta que hace en seguida á Pedro se refiere sólo á su propia persona. "¿Y tú quién dices que soy yo?"

Volvemos á encontrar la doctrina secreta, disimulada bajo velos más ó menos transparentes, en las obras de los Apóstoles y de los Padres de la Iglesia de los primeros siglos. Estos no podían hablar claramente: de ahí las obscuridades de su lenguaje.

Bernabé escribía á los primeros fieles:

"Creo haberme explicado sencillamente en cuanto he podido, y no haber omitido nada de lo que pueda contribuir á vuestra instrucción y á vuestro bienestar en lo que se refiere á las cosas presentes; pues si yo os escribiera tocante á las cosas futuras, no comprenderíais, porque están expuestas en "parábolas." (Epístola católica de San Bernabé, XVII, 15.)

Siguiendo esta regla, un discípulo de San Pablo, Hermas, describe la ley de las reencarnaciones bajo la figura de "piedras blancas, cuadradas y talladas," sacadas del agua para servir en la construcción de un edificio espiritual. (Libro del Pastor, III, XVI, 3, 5.)

"¿Por qué esas piedras han sido sacadas de lugar profundo y empleadas en seguida en la estructura de este edificio, puesto que ya estaban animadas del espíritu?—Era necesario, me dice el señor, que antes de ser admitidas para el edificio, fuesen preparadas por medio del agua. No podían entrar en el reino de Dios, sino despojándose de la imperfección de su primera vida."

Evidentemente, tales piedras son las almas de los hombres; las aguas,<sup>1</sup> las regiones oscuras, inferiores, las vidas mate-

<sup>1</sup> Esta parábola adquiere más fuerza de hecho, cuanto que para los judíos kabalistas el agua era la representación de la materia, el elemento primario, lo que llamaríamos hoy el éter cósmico.



riales, vidas de dolor y de prueba, durante las cuales las almas son talladas, pulidas, preparadas lentamente, á fin de tomar sitio un día en el edificio de la vida superior, en la vida celeste. Esto es propiamente el símbolo de la reencarnación, cuya idea era admitida en el siglo III y difundida entre los cristianos.

Entre los Padres de la Iglesia, Orígenes es uno de los que se han pronunciado más elocuentemente en favor de la pluralidad de existencias. Y era grande su autoridad. San Jerónimo le considera, "después de los Apóstoles, como el gran maestro de la Iglesia; verdad, agrega, que sólo la ignorancia podría negar." San Jerónimo tenía tal admiración por Orígenes, que él cargaría, escribe, con todas las calumnias que han sido dirigidas contra aquél, con tal que pudiese tener, aun á ese precio, su profundo conocimiento de las Escrituras.

Orígenes, en su célebre obra *De los principios*, desarrolla los poderosos argumentos que muestran, en la preexistencia y supervivencia de las almas en otros cuerpos, y en la sucesión de las vidas, el correctivo necesario de la aparente desigualdad de las condiciones humanas; una compensación al mal físico como al mal moral que parecen reinar sobre el mundo, si no se admite más que una sola existencia terrestre para cada alma. Sin embargo, Orígenes yerra en un punto, al suponer que la unión del alma y el cuerpo sea siempre un castigo. Pierde de vista la necesidad de la educación de las almas y la laboriosa realización del progreso.

Una opinión errónea se ha deslizado entre otras, con motivo de las doctrinas de Orígenes en general, y de la pluralidad de las existencias en particular; doctrinas que se consideran como condenadas por el Concilio de Calcedonia, primero, y más tarde, por el quinto de Constantinopla. Ahora bien, remontándose á ciertas fuentes,<sup>1</sup> se reconocería que esos Concilios han rechazado, no la creencia en la pluralidad de vidas del alma,

<sup>1</sup> Véase Pezzani, *La pluralidad de las existencias*, ps. 187, 190.

sino simplemente la preexistencia, tal como la enseñaba Orígenes, es decir, en el sentido de afirmar que los hombres eran ángeles caídos, y que el punto de partida había sido para todos la naturaleza angélica.

En realidad, la cuestión de la pluralidad de las existencias del alma no ha sido jamás resuelta por los Concilios. Queda en pie en espera de las resoluciones de la Iglesia en el porvenir; y es este un punto que importa quede establecido.

Así como la ley de los renacimientos, la pluralidad de los mundos está indicada en el Evangelio en forma de parábola:

«Hay muchas moradas en la casa de mi Padre. Yo voy á prepararos el lugar, y después de que yo haya partido y os haya preparado el lugar, volveré y os atraeré á mí, á fin de que donde yo esté, estéis también vosotros.»..... (Juan, XIV, 2 y 3.)

La casa del Padre, es el cielo infinito; las moradas prometidas son los mundos que recorren el espacio, esferas de luz, junto á las cuales nuestra Tierra no es más que un planeta oscuro y mezquino. Hacia esos mundos guiará Jesús á las almas que se adhieran á él y á su doctrina. Le son familiares, y él sabrá prepararnos allí un lugar conforme á nuestros méritos.

Orígenes comenta estas palabras en términos precisos:

«El Señor alude á las diferentes estancias que las almas deben ocupar, después de que han sido despojadas de sus cuerpos actuales y se han revestido de otros nuevos.»

## V

### RELACIONES CON LOS ESPIRITUS DE LOS MUERTOS.

Los primeros cristianos comunicaban con los espíritus de los muertos, y recibían de ellos enseñanzas. Es imposible dudar esto, puesto que los testimonios abundan. Tales testimonios surgen de los mismos textos de los libros canónicos, textos que han podido escapar, sin saberse cómo, á las vicisitudes de los tiempos.